

XXIX Domingo – C –

20. X. 2013
Oratorio de san Felipe Neri
Alcalá de Henares

Queridos hermanos

Tanto el Evangelio como el relato del Éxodo nos invitan hoy a la oración. Dios quiere que oremos. Hay muchos tipos de oración, todas ellas necesarias, pero hoy Dios nos habla de la oración como petición, como súplica. Dios quiere y nos manda que constantemente le dirijamos esta oración de petición. Podemos formularlo de otra forma: Que hagamos de nuestra vida entera una súplica a Dios. Convertir nuestra vida en una súplica.

Hay una gran diferencia entre pedir y convertir la vida en una súplica. Cualquiera, en cualquier momento, puede dirigirse a Dios y pedir cualquier cosa. Todos lo hacemos muchas veces: pedimos a Dios bienes materiales o bienes espirituales: o la salud de nuestra esposa; o que haga más obediente a nuestro hijo; o que nos ayude a superar el defecto que tenemos de chismorrear, etc. Pedir cosas como éstas lo hacemos a menudo, y creo que sin esfuerzo. Pero convertir la vida en una súplica es otra cosa muy distinta y no lo puede hacer cualquiera, en cualquier situación y de cualquier manera.

Para que convirtamos nuestra vida en una petición, en una súplica dirigida a Dios, se requiere que realmente tomemos conciencia de que nuestra vida está en peligro. O, si queréis decirlo en forma positiva, se requiere que nos percatemos de que necesitamos de Dios; de que estamos radicalmente necesitados de Él; necesitados que Él nos otorgue un don con el que alcanzar la vida lograda, buena y feliz para la que nos creó. Esta es la circunstancia en la que nos ponemos en disposición de convertir nuestra vida en una súplica a Dios: cuando tomamos conciencia de la urgencia del don de Dios; de la vital necesidad que tenemos de Dios; de que ante Dios y sólo realmente ante él está en juego nuestra vida, de que nuestra vida depende de Él. Es entonces cuando nuestra persona entera se dirige a Dios, cuando todos nuestros actos se convierten en una súplica a Dios, cuando nos ponemos por entero en sus manos.

Mirad la primera lectura: Israel se enfrenta con Amalec. Nosotros lo vemos desde lejos y nos parece una batallita más del AT. Pero en esta batalla Israel se jugaba la supervivencia: sobrevivir o el ser exterminados; sobrevivir o ser aniquilados. Israel venía peregrinando lenta y pesadamente con sus ganados, sus mujeres, sus niños y sus ancianos; mientras que Amalec estaba establecido en el territorio por el que pasaban. Israel sabía que Amalec era más fuerte. Sabía que para sobrevivir necesitaba la ayuda de Dios. Es así como, mientras Josué dirigía a los hombres en la batalla, Moisés, desde el monte, suplicaba. La tradición cristiana ha visto siempre en esta imagen de Moisés un anuncio de la súplica de Cristo en la cruz, con los brazos extendidos entre el cielo y la tierra, en lo alto del monte, suplicando no ser aniquilado por la muerte.

Es así como ha de entenderse la oración que Dios espera de nosotros. No se trata de algo que hacemos cuando ya hemos hecho lo importante. Más bien al contrario: esta oración es lo más importante, porque nuestra vida está en manos de Dios, porque el fracaso o el logro de nuestra vida, y

el fracaso o el logro de la vida de aquellos a los que amamos, no está en nuestras manos, sino en manos de Dios. Así la oración se convierte en un acto de fe, por el cual nos entregamos a Dios y nos confiamos a su misericordia y a su poder. Esta oración es poner nuestra vida en las manos de Dios. Y esto es un acto de fe: **«A tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu»**, dice Jesús en la cruz. Cuando hacemos de nuestra vida entera una súplica a Dios nos unimos a esta oración de Jesús: **«A tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu»**, que, al tiempo, es una expresión de aquella otra expresión que repetimos a menudo: **«Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo»**.

Pero la fe no es un acto puntual. La fe es un camino que hay que recorrer, como el de Abraham, como el de Israel, cuando sale de Egipto y tiene que pasar tantos peligros hasta llegar a la tierra de la promesa, como el camino de la Virgen que, después de decir sí al ángel, debe recorrer un largo camino hasta ver a su hijo resucitado. La primera lectura muestra la necesidad de esta perseverancia en la fe, de este avanzar, incluso aguantar en la fe. Lo muestra con la imagen de Moisés que necesita mantener con esfuerzo los brazos extendidos. Necesita mantener despierto el corazón en la súplica, sin desconfiar, sin desanimarse, sin perder la confianza en Dios. Y para eso necesita ayuda, necesita que sus compañeros le sostengan los brazos, como nosotros necesitamos unos de otros para sostener nuestra fe hasta el final. En nuestra relación con Dios, en esta relación en que está en juego nuestra vida, los otros son necesarios. Necesitamos ser apoyados, animados, sostenidos, alentados, comprendidos por nuestros hermanos. Sacerdotes y laicos, religiosos o casados, jóvenes o viejos, intelectuales o hombres sencillos, todos necesitamos mantener la fe, mantener la súplica. Y todos necesitamos de la ayuda de los demás miembros de la Iglesia.

La viuda del Evangelio nos enseña lo mismo. Es necesario **«orar siempre sin desanimarse»**, dice Jesús. Es necesario perseverar en la oración, sin perder el ánimo, sin perder la confianza en Dios, sino renovando constantemente nuestra fe.

Y mientras Moisés, ayudado por Aarón y Jur, persevera en la súplica, persevera en la fe, Josué lucha. La súplica que Dios pide de nosotros, la súplica en la que debemos convertir nuestra vida no nos exime de la lucha. En la vida cristiana la lucha es una constante. Debemos luchar en las cosas más cotidianas: para sacar nuestras familias adelante en el trabajo, por ejemplo; y para hacer progresar la sociedad. Debemos luchar para mejorar moralmente nuestras familias, nuestro entorno, nuestro país. Debemos luchar contra nuestros propios pecados y debilidades. Pero sabemos que la eficacia de nuestra vida, de toda ella, está en la relación con Dios, en la fe. Josué lucha, no deja de luchar, pero la eficacia la recibe de Dios, de la relación con Dios, de la oración constante de Moisés.

Hay que hacer todo lo que la condición de cada uno exige: el sacerdote, el médico, el estudiante o el padre de familia. Pero es necesario hacer todo con el corazón dirigido a Dios y suplicando a Dios que redima nuestra vida: que nos libere del pecado, que haga eficaz nuestros esfuerzos, que al fin nuestra vida no se pierda, sino que, por el contrario, alcancemos la vida para la que él nos creó. Decía san Juan Crisóstomo: **«Que el hombre ore atentamente, bien estando en la plaza o mientras da un paseo. Tanto el que está sentado ante su mesa de trabajo o el que dedica su tiempo a otras labores, que levante su alma a Dios»**.

No pedimos a Dios pequeñas ayudas o dones puntuales. Pedimos que rescate toda nuestra vida y la haga eficaz, que la haga fecunda, que la haga valiosa. Suplicamos que al fin, nuestra vida alcance la plenitud para la que fue creada, en la participación de la propia vida de Dios, en la participación del amor de la Trinidad. Que nuestra vida y nuestros esfuerzos y nuestros gozos y nuestros dolores no se pierdan en la nada, no se pierdan en el sinsentido, no se pierdan en la lejanía de Dios. La lejanía radical e insalvable del amor de Dios es el infierno, la negación de aquello para lo que estamos hechos, la contradicción de nuestra naturaleza, de nuestro corazón. Pedimos a Dios que nosotros y aquellos a los que amamos no nos perdamos en la nada, sino que alcancemos su amor y que en su amor se redima, cobre sentido y eficacia, cobre valor, cada minuto de nuestra vida, cada dolor, cada gozo, cada trabajo...

Jesús en el Evangelio pone en relación esta vida, que se convierte en una súplica a Dios, con la fe necesaria en el momento final, con la fe que es necesario mantener y avivar hasta el fin. Dice Jesús: **«Cuando yo venga, ¿encontraré esta fe en la tierra?»**. Es una invitación a avivar nuestra fe, a mantener nuestra súplica constante a Dios. Queridos hermanos, Dios, en su Hijo Jesús lo ha hecho todo. A nosotros nos toca la lucha de la fe, mantener la fe en acto, viva, mantener viva la oración por la cual ponemos todo lo que somos y todo lo que tenemos en manos de Dios.

Convirtamos, pues, nuestra vida en una súplica. Con humildad pongamos constantemente nuestra vida en manos de Dios, mantengamos la lucha de la fe. Pidámosle en momentos puntuales, pero además hagamos también todo lo que debemos hacer levantando a él nuestro corazón. Tomemos como norma las palabras del salmo responsorial: **«Levanto mis ojos a los montes: / ¿de dónde me vendrá el auxilio? / El auxilio me viene del Señor, / que hizo el cielo y la tierra»**.

Alabado sea Jesucristo.

Siempre sea alabado

P. Enrique Santayana C.O.